

15. EVOLUCIÓN DEL ENCUENTRO ENTRE CIENCIA Y FE.

EN LOS CIEN AÑOS DEL INSTITUTO QUÍMICO DE SARRIÀ (BARCELONA).

Clausura del Centenario - 14 de Julio 2006

GUÍA PARA LA LECTURA

I. PRESENTACIÓN

Los objetivos que presidieron la creación del IQS a comienzos del siglo XX, su Declaración de Misión actual y la estructura académica que le configura, ofrecen el marco oportuno para "*abordar [...] su misión universitaria, su carácter humanista y ético, tal como se espera de una universidad de inspiración cristiana*". Si se repara en el carácter científico del Instituto, podrá adivinarse ya la intención básica del discurso: abordar la relación Ciencia/Fe. En todo caso, el tema, plegado a la naturaleza del IQS, desborda lo particular por su enunciado y por su desarrollo.

II. PARA LA REFLEXIÓN

Varias líneas de pensamiento se prestan a una reflexión sugerente:

II.1. MODELO LEDESMA-KOLVENBACH.

El modelo se presenta en categorías s. XVI y se traduce al lenguaje moderno de las declaraciones institucionales del IQS: ilustrativa trasposición.

[Una lectura en paralelo de las otras formulaciones del Paradigma Ledesma-Kolvenbach -Monte Cucco, y sobre todo, Namur, y Georgetown- saca a la luz fecundas derivaciones prácticas del Modelo].

II.2. QUIEBRA Y RECONSTRUCCIÓN DEL MODELO

Análisis fino que recuerda los desarrollos del discurso de Deusto por su estilo y por los contenidos. Debe considerársele como un complemento de aquel.

1. Quiebra del Modelo.

La *autonomía* de las ciencias (y la consiguiente separación orgánica en el plan académico de la universidad) provoca la emancipación del saber científico respecto de la Filosofía y la Teología.

La *especialización* de los saberes trae consigo el distanciamiento entre las ciencias humanas (las llamadas "Humanidades") y las "ciencias positivas". Estas se van alejando progresivamente de toda cuestión de *valor* y de toda pregunta de *sentido* –temática tradicional de la Teología, la Filosofía y las Ciencias Humanas.

[La desarticulación de las cuatro dimensiones del modelo es clara: la competencia científica –*utilitas*- puede perseguirse sin referencia a

- compromisos socio-políticos –*iustitia*- o a implicaciones humanas – *humanitas*-, mucho menos, a consideraciones teológicas –*fides*¹].
2. Reconstrucción del Modelo.
La *re-unificación del saber* es un reto ineludible para toda universidad “de inspiración cristiana”. Es una posibilidad real que pasa por la integración en el conocimiento científico de perspectivas “ético-sociales” y “humanas” [la integración de la *utilitas*, la *iustitia* y la *humanitas*]. Esto se consigue mediante un tratamiento interdisciplinar de los saberes.

II.3. RELACIÓN CIENCIA-FE

La separación (orgánica) de la Teología y las Ciencias ha dado origen a una historia de desencuentros y conflictos entre la Razón y la Fe. Tender puentes entre una y otra es un desafío necesario y posible para la universidad.

Un clima cultural más favorable [suavización de los conflictos, distinción de campos y metodologías, reconocimiento y promoción del saber científico por parte de la Iglesia etc.] abre nuevas posibilidades de encuentro: a través del *diálogo* articulado “en las fronteras de ambas” y mediante la convergencia en la misma *aventura* de construir el futuro para “un mundo más humano para todos y consiguientemente más divino para todos”.

[Este discurso puede constituir una espléndida base para el planteamiento *universitario* de la dimensión “*fides*” en el interior de los Centros].

¹ Para esta terminología cfr. Georgetown-Gregoriana [17]

15. EVOLUCIÓN DEL ENCUENTRO ENTRE CIENCIA Y FE.

Instituto Químico de Sarriá-Barcelona. (2006)

1. El día primero de octubre de 1905 iniciaba sus actividades en Roquetas el Laboratorio Químico del Ebro. Casi de forma simultánea y en el mismo emplazamiento nacían otras dos obras: el Observatorio Astronómico del Ebro, fundado en 1904, cuyo centenario ya se celebró con todo esplendor, y el laboratorio Biológico del Ebro, fundado en 1907, que en el año 1966 fue integrado al Instituto Químico de Sarriá.

2. El nacimiento de estas obras hay que situarlo en una época en la que el racionalismo científico se presentaba claramente como incompatible con la creencia religiosa. En este contexto, a finales del siglo diecinueve, los superiores jesuitas decidieron crear unos Centros de intelectualidad que en sí mismos fueran un testimonio vivo de que no existe oposición entre la fe y la ciencia; y que, por otra parte, favorecieran el diálogo entre la teología y la cultura que en aquel momento emergía, impregnada de un fuerte positivismo. Además de ser un valor testimonial, ya comentado, las citadas Instituciones debían servir para formar en ciencias positivas a los jóvenes jesuitas, que luego en su trabajo pastoral deberían saber coordinar los estudios teológicos con los avances científicos. Esto explica por qué estas obras se fundaron en Roquetas, en unos terrenos propiedad de la Compañía de Jesús, cerca del Seminario jesuítico, situado en el barrio del Jesús, de Tortosa. Y permite también entrever la transformación que tuvieron que sufrir a lo largo del tiempo para hacerlas aptas a todo tipo de estudiantes.

3. En 1998 se publicó el ideario del Centro, cuya redacción supuso únicamente plasmar de manera oficial las ideas que prevalecieron en el Instituto Químico de Sarriá desde su fundación y en concreto la preocupación por crear plataformas de diálogo entre el ámbito de la fe y el ámbito de la cultura, especialmente de la técnica.

4. Por este motivo me gustaría abordar, en este acto solemne de clausura del primer centenario del Instituto Químico de Sarriá, su misión universitaria, su carácter humanista y ético, tal como hoy se espera de una universidad de inspiración cristiana con ciertas características propias de la educación ignaciana.

5. De entrada, es justo preguntarse qué tiene que ver Ignacio de Loyola, un “gentilhombre” guerrero medieval, en esta ilustre historia del Instituto Químico de Sarriá. No podemos olvidar que el fundador de los jesuitas ha vivido en la ciudad Condal de Barcelona

de 1524 a 1525 y que esta breve estancia marcará un punto crucial en su vida.

6. Herido en Pamplona, convertido en Loyola, iluminado en Manresa, Ignacio había puesto en duda todos los aspectos de su vida hasta en sus detalles, aunque nunca puso en duda su decisión, que él creía ser de inspiración divina, de ir a Palestina para anunciar en ella la Buena Nueva. Pero lo que para él era una evidencia, no lo era en modo alguno para las autoridades de Tierra Santa: Ignacio fue sencillamente expulsado. A Palestina, un lugar ya explosivo, no le interesaba una nueva fuente de conflictos. Cuando desamparado llegó a Barcelona, Ignacio se pregunta: “quid agendum”, ¿qué hacer? Su ideal sigue siendo el mismo: “ayudar a las almas”, pero ¿cómo? Y es entonces, a la edad de treinta y seis años, cuando descubre su “inclinación de estudiar” (Autobiografía 54,1) de adquirir una competencia universitaria que le permita verdaderamente poder ayudar al prójimo.

7. En este descubrimiento Ignacio reconoce el papel que el intelecto juega en esta inclinación, como él mismo explicará más tarde [EE 182]: “Después que así he discurrido y racionado a todas partes sobre la cosa propósita, mirar dónde más la razón se inclina, y así, según la mayor moción racional, y no moción alguna sensual, se debe hacer deliberación sobre la cosa propósita”. Esta referencia a la razón se traduce a continuación en la preparación indispensable para los estudios universitarios, primero en Alcalá, y más tarde en París. En concreto Ignacio se dedica en la escuela mayor de Barcelona a las “Introducciones in linguam latinam” de Antonio de Nebrija, bajo la dirección del profesor Jerónimo Ardévol. A partir de entonces, Ignacio se muestra convencido de la importancia del trabajo de la inteligencia, que consiste en realizar plenamente lo que el Creador ha querido para el hombre, dotándole de una inteligencia capaz de conocer lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, la tierra y el cielo.

8. De esta creencia Ignacio extrae un intelectualismo optimista. En su tiempo, que, como en el nuestro, reinaba una gran confusión de ideas – el re-nacimiento, la re-forma – cree profundamente en este don de Dios que es la inteligencia informada de la verdad total y en una voluntad iluminada por la recta razón. El fundador de la Compañía de Jesús puede compartir esta visión con sus primeros compañeros, todos ellos alimentados como él por la cultura universitaria. No resulta nada sorprendente que, a pesar de que en la primera versión de las Constituciones (de 1541) no prevé la enseñanza en la Compañía –no estudios, ni lecciones– los jesuitas se lancen en 1548 a la educación, fundando universidades y

colegios, debido a las carencias que se constatan en la enseñanza universitaria de su época. Con ella comienza una aventura que, a la muerte de Ignacio en mil quinientos cincuenta y seis, ha logrado ya la fundación de cuarenta instituciones de enseñanza superior, las cuales suman hoy doscientas dos universidades en todo el mundo.

9. En la misión universitaria del Instituto Químico de Sarriá se formula con claridad el deseo de una “mayor apertura internacional” para aprovechar las ventajas de una participación activa en esta red académica, ya sea “por el potencial intercambio de profesores y alumnos” ya sea por un “servicio cualificado a naciones en vías de desarrollo”. Es un hecho afortunado, aunque novedoso, que en todos los continentes se gesta un movimiento creciente de intercambio y de ayuda recíproca en universidades y facultades de inspiración cristiana y de educación ignaciana, un movimiento que la Compañía de Jesús desea apoyar y promover.

10. ¿Qué objetivo tiene la educación ignaciana? ¿De qué modo el “ayudar a las almas” de Ignacio y de sus primeros compañeros se traduce en el compromiso universitario?

11. Es un jesuita español, Diego de Ledesma (que nace en 1524 y muere en 1575), quien, en un lenguaje bastante barroco, pero válido todavía hoy, ha puesto de relieve el alcance práctico y social, humanista y religioso de la educación ignaciana (MP. vol 2, 528-529) Ante todo es preciso ayudar a los estudiantes a prepararse con una carrera de calidad, en el campo de su elección, desde la administración de empresas a la filosofía, desde la química a la teología.

12. A partir de ello, la educación ignaciana debe formar a los estudiantes de tal manera que puedan asumir sus responsabilidades sociales y políticas, indispensables para el bienestar y el desarrollo de su país, siendo sensibles al bien común y con espíritu de servicio. Además, la formación universitaria debe contribuir a un crecimiento integral –cuerpo y espíritu, intelectualidad y afectividad– de la persona humana que es, escribe Diego de Ledesma, el ornato, el esplendor y la perfección de la naturaleza racional y de la naturaleza humana. Finalmente, esta educación quiere ayudar a formar creyentes, cristianos que a lo largo de todos sus estudios e investigaciones tienen en cuenta y se dejan cautivar por Dios, el Señor, quien se encuentra al inicio del universo y de toda vida humana y que estará presente en la consumación de toda la creación y de toda criatura. Resulta bastante sorprendente constatar que este jesuita universitario del siglo XVI podría fácilmente verter su visión educativa en la Misión

universitaria del Instituto Químico de Sarriá cuando éste planifica un trabajo, que vendrá marcado por la “seriedad, rigor y profesionalidad” para ser “productivo para la sociedad”, de tal manera que sea “fuente de realización personal”, en tanto que “servicio de la fe” afectando “a la tarea testimonial de cada uno con su vida y sus palabras”.

13. A pesar de todo, la armonía entre el alcance educativo de Diego de Ledesma y los programas de una universidad moderna de pedagogía ignaciana, no se sostiene sino en los dos primeros rasgos – práctico y social – y no es más que aparente en los dos últimos rasgos – humanista y religioso –. Después del Padre Diego de Ledesma aparecen a la luz dos rupturas en el interior de la vida universitaria. Recordemos que en tiempo de los primeros jesuitas la Iglesia era todavía la única institución capaz de asumir todas las tareas educativas.

14. En particular a través de las ciencias, la enseñanza universitaria se ha liberado progresivamente de la tutela de la educación ofrecida por la Iglesia que la había acunado. El Concilio Vaticano II ha reconocido plenamente la autonomía de las realidades terrenas en la *Gaudium et Spes* (36,2), ya que ellas poseen sus leyes y sus propios valores, que el hombre, por medio de estudios, experimentos e investigaciones, poco a poco debe aprender a conocer, utilizar y organizar.

15. Esta autonomía, afirma el Concilio, no es únicamente una promesa de la ciencia moderna, sino que corresponde al deseo de Dios. Aun con todo, pretender que esta autonomía de las realidades terrenas sea totalmente absoluta, como si no existiera de forma dependiente, sería hacer abstracción de la realidad y del hecho que la creación es obra de Dios (GS 41,3). Sin embargo, esta autonomía reconocida de las ciencias, como las que se imparten en el Instituto Químico de Sarriá –la Química y la Economía– ha traído inevitablemente como consecuencia un distanciamiento entre las propias ciencias y una articulación nueva entre la ciencia y la fe. Ante todo, aparece el distanciamiento creciente entre lo que se denominaban “humanidades” y las ciencias positivas. Ignacio ha prescrito las matemáticas en las Constituciones [451] junto con la siguiente reserva: “las matemáticas con la moderación que conviene para el fin que se pretende”. Este fin quedaba especificado por el modelo educativo de la Universidad de París en donde la teología dominaba la pirámide de los saberes, siendo considerada como el culmen de toda carrera. Lo cual no significa, en modo alguno, la ausencia de las ciencias en las universidades jesuíticas. En vísperas de la supresión de la Compañía, en 1773,

Steven J. Harris enumera cerca de noventa y cinco cátedras de matemáticas en las universidades jesuíticas y cerca de unas cuatro mil setecientas setenta referencias de publicaciones científicas.

16. La gran diferencia con nuestra época consiste en el hecho de que ni profesores ni estudiantes podían especializarse en las ciencias positivas sin pasar previamente por las ciencias humanas, mientras que hoy el profesor y el estudiante podrían limitarse a su especialización.

17. Este enriquecimiento mutuo de las ciencias era ya un problema en las primeras universidades de la Compañía y todavía lo sigue siendo en nuestros días. Un astrónomo, matemático y físico como el jesuita Christoph Scheiner (nacido en 1575 y muerto en 1650) critica abiertamente a su Orden, cuando en una carta del tres de julio de 1613, escribe que el estudio de las matemáticas debería ser más apreciado por los jesuitas. Cuatro años más tarde, en enero de 1617, insiste sobre el tema: “hay que lamentarse ciertamente de que el estudio de esta ciencia sea tan poco aprovechado en la Compañía. Nuestros filósofos, (y por lo mismo no pueden considerarse filósofos), denigran a las matemáticas verbalmente y por escrito, incluso a través de publicaciones”. La consecuencia de esta carta muestra que este científico jesuita no se desinteresa en modo alguno de su deber por la inteligencia, pues declara que las matemáticas son el anzuelo con el que atrapar a los magnates y nobles, y atraerlos al servicio de Dios. Al mismo tiempo que defiende el respeto científico para su especialización, este jesuita declara que su ejercicio científico no es para nada indiferente o neutro.

18. ¿Cuál es la situación hoy en las universidades? Una especialización llevada al extremo, con frecuencia por una lógica funcional o comercial, fragmenta la institución en centros, departamentos y estamentos completamente paralelos y autónomos, siendo así que la Universidad por su misma etimología debería mantener todas estas especializaciones dentro de un saber humano universal. Además esta misma especialización se aleja de toda pregunta sobre el *por qué* y el *para quién*, como si ella pudiera ser perfectamente neutra. La misión de una universidad de inspiración cristiana, respetando la fragmentación del saber en especializaciones para un desarrollo específico y metódico de cada ciencia, recuerda que un conocimiento no es verdaderamente neutro, porque implica siempre unos valores y una concepción particular del ser humano y del sentido de la vida.

19. En otro tiempo, la teología y la filosofía eran consideradas como ciencias que se refieren a los valores; después, las ciencias

humanas las han, más o menos, reemplazado; hoy somos conscientes de que las ciencias llamadas positivas, están profundamente implicadas en la transmisión de los fines y valores de la sociedad humana. En el campo económico, el desarrollo del mercado, debido a sus logros, exige verdaderas concentraciones y divisiones del trabajo, lo cual provoca el subdesarrollo de una parte creciente de la humanidad. La ciencia química, que sostiene también como finalidad, manifiesta y sincera, la lucha por la salud, por la vida y por el medio ambiente, debe luchar por el hombre y resistirse a las manipulaciones del hombre motivado por intereses políticos o comerciales.

20. Lejos de debilitar o impedir el rigor científico y el nivel de la búsqueda intelectual, la responsabilidad de una universidad de inspiración cristiana consiste en desarrollar un carácter más interdisciplinar, humanista y ético para poder cumplir con su misión, situándose en aquella vocación que es propiamente la suya, es decir, la búsqueda de la verdad en su totalidad y del conocimiento en su integridad humana. Esta conclusión hará a los profesores y a los estudiantes más humanos, por cuanto captarán mejor el sentido de lo que enseñan y de lo que estudian, promoviendo un desarrollo humano, social y ecológicamente equilibrado. Será pues una grave responsabilidad si fallamos en este punto de nuestra Misión. La Misión universitaria del Instituto Químico de Sarriá aspira a enseñar a los estudiantes a desarrollar una reflexión más sintética, más global y a ir adquiriendo una actitud más apta para la reflexión interdisciplinar.

21. Luego de discutir el distanciamiento que las ciencias, dentro de su autonomía científica, toman en el interior de la universidad, aparece otra consecuencia de esta autonomía: la de sopesar el alejamiento de las ciencias respecto de la fe cristiana. Este alejamiento se presenta, a veces, como un dinamismo fatal: el avance del método científico conlleva fatalmente un retroceso de la visión religiosa del mundo. Por otro lado, todos los que han intentado una vía de convergencia entre la ciencia y la religión, han tenido que reconocer su incapacidad para ello. Ya que mientras la ciencia puede confirmar a la religión, ésta ya no resulta necesaria para aquella. Dios deja de ser Dios cuando se le identifica con el orden del mundo.

22. La tendencia hoy es poner fin a los grandes conflictos entre ciencia y fe, y militar por una distinción entre los campos específicos de las ciencias y de la fe, reconociendo siempre que distinguir no significa separar. Ya que por un lado la fe cristiana se ha mantenido siempre a la búsqueda de una expresión racional, y,

por otro, las ciencias se encuentran frente a sus límites específicos y a la necesidad de acortar la distancia que separa el mundo de la ciencia del mundo de la vida.

23. La Misión universitaria del Instituto Químico de Sarriá suscita el recuerdo de aquellas palabras de Blas Pascal: "hay algo en el hombre que supera infinitamente al hombre", tras lo que concluye que no puede eludirse un sentido de la vida y una fe que sean trascendentes. Con la fe cristiana, a partir del evangelio de Jesús de Nazaret recibimos cierta luz y comprensión acerca del inevitable misterio que envuelve nuestra existencia. Entre el misterio y el absurdo optamos por el misterio, un misterio que, sin poder ser demostrable por la razón, nos parece que, por lo menos, es razonable.

24. En esta declaración de principios, de modo científico el Instituto Químico de Sarriá se pone al servicio de la fe rechazando escoger a lo uno frente a lo otro, es decir lo uno o lo otro, sino más bien optando por lo uno y por lo otro. Sería fácil en este momento responder a tantas tomas de posición por parte de hombres de ciencia que están a favor o en contra del punto de vista del Instituto Químico de Sarriá.

25. A modo de ejemplo recordemos a dos reconocidos científicos, ambos premios Nóbel. Jacques Monod ha hecho la siguiente declaración lapidaria: la ciencia es asunto del conocimiento y la fe es una cuestión de sensibilidad. Frente a este especialista en bioquímica, el fundador de la teoría cuántica, Max Planck, está convencido de que la ciencia y la fe no sólo no se excluyen, sino que se complementan y se condicionan mutuamente. Estas dos citas, a las que se podrían añadir centenares, muestran que el espíritu agresivamente polémico de otros tiempos se ha atenuado. Con todo, el problema se mantiene, ya que a medida que las respuestas sobre el "cómo" se hacen más precisas, aparecen como menos insalvables las preguntas del "por qué" y "quién", suscitando un diálogo nuevo en el que las universidades de inspiración cristiana tendrán que asumir una responsabilidad específica.

26. En este diálogo que se desarrolla siglo tras siglo, ¿va perfilándose verdaderamente algo nuevo? Lo que resulta bastante novedoso es ante todo el reconocimiento del trabajo científico y la confianza dada a los científicos por parte del magisterio de la Iglesia. Es el llorado Santo Padre Juan Pablo II, él mismo universitario, quien, haciéndose eco de la posición del Concilio Vaticano II, ha reconocido que los investigadores "son como conducidos por la mano de Dios en su esfuerzo humilde y perseverante por penetrar los secretos de las cosas" (GS 36,2). Es

en este contexto en el que Juan Pablo II ha querido responder al caso Galileo, reconociendo que en Galileo Galilei (nacido en 1564 y fallecido en 1642), físico y astrónomo, no hubo ninguna intención de oponer su visión científica del mundo a la de la Iglesia, incluso cuando reivindica una cierta autonomía de la ciencia y la libertad de investigación del sabio respecto del pensamiento teológico, indisociable éste de una cierta cosmología. Tal vez el escritor Bertold Brecht, ha captado, en su obra "La vida de Galileo" todo lo que en el fondo acontecía cuando pone en boca de Galileo: "siempre se había dicho que los astros se encontraban incrustados en una bóveda de cristal de modo que no pudieran caer. Ahora que nos hemos envalentonado, les dejamos mover en el espacio, sin ataduras, y se encuentran en gran medida, al igual que nuestros barcos sin amarras navegando en alta mar".

27. Que este paso de un mundo cerrado a un universo infinito fuese condenado por el magisterio de la Iglesia, en la que los jueces indebidamente han transferido al dominio de la doctrina de la fe una cuestión que compete de hecho a la investigación científica, fue oficialmente lamentado por Juan Pablo II cuando dijo que "paradójicamente, Galileo, creyente sincero, ha resultado ser más perspicaz en este punto que sus adversarios teólogos".

28. Los conflictos del pasado, como el del caso Galileo, entre la fe y la ciencia, entre el magisterio de la Iglesia y el mundo científico, han tenido al menos el mérito de ayudar a delimitar mejor los campos. Siendo consciente de las "revoluciones" que siempre han distinguido al progreso de las ciencias y las tecnologías, Juan Pablo II tenía cuidado de evitar que la Iglesia tuviese que enfrentarse en el futuro a un nuevo caso Galileo. Por ello, en muchas de sus intervenciones, sobre todo en la Pontificia Academia de las Ciencias, lanza un llamamiento a todos los sabios para hacer progresar la ciencia siempre y con mayor intensidad, apoyando los logros de su inteligencia, su mérito profesional, su honestidad intelectual, su objetividad, su búsqueda de lo verdadero, su autodisciplina, su cooperación en equipo (28.10.1986).

29. Poniendo de esta forma fin a una dolorosa historia que ha durado trescientos cincuenta años (de 1633 a 1983), al reconocer que ciencia y fe representan dos diferentes órdenes de conocimiento con sus procesos autónomos, Juan Pablo II en todas sus declaraciones no acepta nunca el principio de división y separación entre la revelación divina y la razón humana, de modo que jamás encierra la fe en el espacio etéreo de una pura religiosidad, si acaso ello fuera posible, ni delimita a las ciencias en una torre de marfil, dentro de un universo fatalmente cerrado sobre

sí mismo, según la expresión de Paul Ricoeur, con una hipertrofia de los medios y una atrofia de los fines.

30. Reconociendo siempre la plena autonomía de las ciencias, la fe recuerda que las ciencias están llamadas a un compromiso por servir a la humanidad, y a un respeto de cara a los misterios del universo. En este sentido, Juan Pablo II desea que no se ponga ningún tipo de limitación a la búsqueda del saber: “la ciencia pura es un bien, digno de ser amado, pues tratándose de un conocimiento supone una perfección de la inteligencia humana” (10.11.1979).

31. Incluso si por razones de metodología científica las ciencias tuvieran que dejar de explorar una verdad particular, de hecho deben al menos tener en cuenta que no poseen toda la verdad completa; de ahí la llamada a todo ser humano y por consiguiente también a los científicos a “dejar que la inclinación de vuestro espíritu os lleve hacia lo universal y lo absoluto”.

32. El diálogo siempre a rehacer entre la fe y las ciencias, se articula de esta forma en la frontera de ambas. Las ciencias, con sus especializaciones cada vez más avanzadas, por su método son reduccionistas. Por ello mismo nunca agotarán la realidad y deberán ser sometidas incesantemente a control y evaluación, ya que abandonadas a sí mismas harían recaer sobre la naturaleza y sobre la sociedad humana riesgos destructores.

33. Aunque también el pensamiento teológico, para que sea creíble, debe poder expresar lo que él no sabe del misterio indecible de Dios, de la verdad inefable del Creador y Salvador. De este modo, el pensamiento teológico será, empleando una expresión de Michel de Montaigne (nacido en 1533 y fallecido en 1592), como toda verdadera ciencia, una ignorancia que se sabe. De ahí que ciencia y fe sean como co-creadoras lanzadas a una misma aventura: la construcción de un futuro para un mundo más humano para todos y por consiguiente más divino para todos.

34. Desarrollando la técnica únicamente para sí misma, poniendo la tecnología al servicio exclusivo del provecho y utilizándola solamente como un instrumento de poder sobre los otros, las ciencias no sólo no construyen el mundo del futuro, sino que lo destruyen. Diciéndolo según el pensar de Juan Pablo II, la ciencia logra su mejor desarrollo cuando sus conceptos y sus conclusiones quedan integrados en la cultura humana en sentido amplio y responden al interés que lleva a la cultura hacia la búsqueda del sentido y de los valores últimos.

35. En este encuentro entre las ciencias y la fe, la investigación teológica debe liberar el contenido de la fe de elementos socio-históricos anquilosados y guardarse de un uso no crítico de las teorías científicas. Ya que, en el fondo, el encuentro entre las ciencias y la fe presupone que se trata de científicos competentes y de creyentes que poseen convicciones bien formadas y que viven una experiencia cristiana que se expresa a través de su testimonio evangélico.

36. Por decirlo de acuerdo con la Misión universitaria del Instituto Químico de Sarriá: este servicio de la fe incumbe no tan sólo a la tarea estrictamente universitaria de profesores y alumnos, sino que incumbe, - más aún si cabe- a la tarea testimonial de cada uno a través de su vida y su palabra. Nos hallamos aquí metidos de lleno en el medio universitario, en donde no nos encontramos con la ciencia, sino más bien con seres humanos y realidades, ambas científicas; de igual forma que no nos encontramos con la fe, sino con personas llamadas a creer y con realidades que afectan a la fe.

37. La Universidad no propone el nuevo diálogo entre fe y ciencia únicamente en términos de contenidos del conocimiento, fuente de conflictos y de alianzas. La universidad convoca a una aventura humana en común tanto a la persona científica como a la persona creyente, con una articulación ética en torno de sus responsabilidades comunes en relación con esta humanidad y este mundo en donde el Creador y Salvador es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin.

38. Pero, ¿qué papel desempeñan los jesuitas? Ciertamente ellos no han inventado la ciencia moderna. La química, bajo una gran sospecha en tiempo de Ignacio, debido a la alquimia y a la hechicería, no entra sino relativamente tarde a formar parte del currículo de estudios de las universidades. No es sino con la llegada de Antoine Lavoisier (quien nace en 1743 y muere en 1794) cuando esta situación cambia.

39. La economía, en cierto sentido fue más afortunada: los teólogos jesuitas ya en tiempo de Ignacio cuestionaron el problema de la usura y de la política financiera de las grandes familias de banqueros, como los Fuggers y los Webers. Pero aun reconociendo que los jesuitas no han inventado las ciencias, han hecho, sin embargo, madurar la teoría de la ciencia, gracias a la intuición genial de algunos, y, sobre todo, participando en las controversias, como en el caso Galileo Galilei, o mediante el contacto con los científicos de China. Es en particular la espiritualidad ignaciana, la que empujaba a los jesuitas, y a las universidades a ellos confiadas, a respetar y apreciar cuanto hay de bueno en la cultura

de su tiempo, así como a proponer de manera crítica soluciones alternativas a los aspectos eventualmente negativos de la cultura.

40. Los jesuitas eran conscientes de que los retos y oportunidades parejamente complejas del mundo, requieren de ellos toda su sabiduría e inteligencia, su imaginación e ingeniosidad, sus estudios e investigaciones sólidas, y un análisis tan riguroso como sea factible. Vencer la ignorancia y los prejuicios, hacer el mundo más justo y solidario, a través del estudio y la docencia, hacer así del evangelio, en su mejor sentido etimológico, una “Buena Noticia” en un mundo confuso y agitado, por medio del diálogo vivo entre las ciencias y la fe, es característico de la forma de proceder de los jesuitas (CG 34, nº 554). Entre estos se han dado hombres como el Padre Eduardo Vitoria y el Padre Salvador Gil, y han creado una institución como el Instituto Químico de Sarriá.

41. Al agradecer a todos cuantos han contribuido, con un espíritu semejante, a hacer que el Instituto Químico de Sarriá haya llegado a ser lo que significa hoy en el mundo universitario, les auguro, de entrada, un segundo centenario de vida para el Instituto, de sobra merecido.